

## EL PARANA EN LA POESIA DE JUAN MARIA GUTIERREZ

### LA PRESENCIA DESLUMBRANTE

Cuenta Alejandro Magariños Cervantes <sup>(1)</sup> que los primeros versos que publicó Juan María Gutiérrez estaban dedicados a un arroyo del Tigre o “a no sabemos cuál de los arroyos cercanos a esta ciudad”. Según esto, Juan María Gutiérrez no nació para la vida literaria como poeta de las glorias patrias, conquistando los lauros de un primer premio en el famoso certamen de 1841 en Montevideo, sino que nació para la musa criolla, coronada de azahares y ceibos, en triunfo más recatado pero sin duda más sabroso al corazón del ilustre porteño.

Desde 1833 hasta su partida de Buenos Aires, Gutiérrez frecuentó el Delta y descubrió la belleza de las islas. Su deslumbramiento ante la naturaleza salvaje y esplendorosa de los riachos y sus márgenes vírgenes, que habrían de conquistar poco después a Marcos Sastre, está bien documentado en las cartas que por esos días dirigió a su amigo Pío José Tedín, en las que largas descripciones de esa zona ocupan gran parte de las cuartillas. Con singular complacencia el joven narra a su amigo sus paseos y vacaciones llegando a un tono de entusiasmo y exaltación que apenas se traslucirá después en sus trabajos eruditos.

---

(1) Prólogo de Alejandro Magariños Cervantes a *Pensamientos, máximas, sentencias, etc. de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina* con notas y biografías de Juan María Gutiérrez. Biblioteca Americana. Buenos Aires, 1859.

Llevado por su labor de topógrafo (2) descubre la región y, desde ese momento, se transforma en su cantor entusiasta y sueña con vivir en ese "paraíso". Todo lo hubiera dejado este hijo de Buenos Aires por habitar en la margen del hermoso río que Labardén había cantado y cuyos versos Juan María se sabía de memoria desde niño.

Yo te bendigo ¡Oh Labardén! ¡Oh bardo  
del canto original! Desde la cuna  
tengo en las venas el amor en que ardo  
por tu sublime verso

Por aquel tiempo escribe a Pio Tedín (3):

"El mes de agosto lo he pasado navegando por las islas y paranases que tanto deseaba usted conocer y pasear cuando estuvimos juntos en la costa; fuí con la comisión de deducir la isla llamada Paicaraby que es de propiedad particular y formar un plano de ella. Con este objeto he andado muy cerca de cincuenta leguas y recorrido sobre treinta arroyos. Puede hacerse usted cargo que conozco aquellos lugares como las calles de Buenos Aires".

Como debe trabajar no disfruta de los dulces ocios y de las compañías que le arrebatarán en las vacaciones y ve la zona con ojos de argentino preocupado por el porvenir de la patria, con los ojos con que la vió después Sarmiento. Así, escribe:

"Lugares pintorescos, fértiles, pero desiertos e inútiles, lugares que inspiran sentimiento al ver que no podemos, por falta de industria y población, sacar partido de las riquezas con que la naturaleza nos ha regalado. Cuanta ponderación hiciera a usted de la abundancia de naranjos y duraznos que he visto sería insuficiente para darle una idea exacta; basta

---

(2) Juan María Gutiérrez fue miembro de la Comisión Topográfica a la que se incorporó por designación de su profesor Don Avelino Díaz. Véase ANTONIO ZINI, *Estudios biográficos*. Hachette, 1958, pág. 274.

(3) Cartas publicadas en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* Tomo LXI, pág. 474 y sigtes.

decirle que no hay una vara de aquella costa que no muestre la flor de los frutos de estos árboles. Es un paraíso; pero el paraíso después del castigo de nuestros padres primitivos, desierto e inculto”.

“Otro es el tono con que le escribe el 24 de enero de 1835 a las dos de la mañana:

“...dentro de una hora estaré ensillando mi caballo para ir... ¿a dónde, me dirá usted? ¿Quiere usted saberlo así no más sin darme alguna cosa por la gracia? Pues sepa que parto para San Fernando a pasar allí un mes o poco más en compañía de Manuel Eguía y de Echeverría; allí, en el silencio y la holganza, escribiré los versos que usted me pide”.

En 1836 vuelve a escribirle a Tedín:

“La encontré (la carta) en mi casa, cuando volví de San Fernando, donde he pasado casi todo este mes en medio de toda clase de delicias: nunca en mi vida me he divertido tanto como en estos días deliciosos que nunca se borrarán de mi memoria por que están ligados con acontecimientos importantes en la vida de tres jóvenes amigos”.

Y más adelante:

“¡San Fernando! ¡Las Conchas! ¡El Tigre!... sitios deliciosos. Yo quisiera ese don de verter palabras de ese fuego imperecedero que se llama inmortalidad para decir al mundo cuánto encierra de sublime en medio de su sencillez. Pío, ¿por qué no estaba usted conmigo como en aquel año venturoso que nos vio la Punta Chica contentos e inocentes?” (4).

De este mismo año 1836 es su poesía titulada *La margen del río*, escrita sin duda en la oficina topográfica, cuando los recuerdos imperiosos le trastornaban, poesía que habrá escondido precipitadamente a la llegada de don Avelino Díaz, como hizo con aquellos versos franceses y aquel racimo de uvas de que habla en una curiosa escena autobiográfica (5).

---

(4) El 19 de julio de 1838 en *El Iniciador* N° 6, también Juan Bautista Alberdi publica un exaltado elogio del Delta en un trabajo titulado “Impresiones de una visita al Paraná”.

(5) *Estudios sobre Don Avelino Díaz*, “Revista del Río de la Plata, Tomo III, pág. 227.

En *La margen del río* están todos los elementos del paisaje ribereño: sauces, álamos, enredaderas, y todos los recuerdos de su vida eclógica: una choza, una barquilla, un alazán fofoso y, desde luego, una mujer amante “mansa como una tórtola del bosque”:

Río, que cruzas lentamente el llano,  
fecundando la tierra y dando vida  
a tristes sauces y álamos crecidos,  
yo quisiera vivir siempre a tu orilla,

La composición termina con cuatro versos en los que se trasluce todo Fray Luis, ese Fray Luis tan citado por Gutiérrez:

Y nada más... aquí la vida, oscuro  
pasara yo, tranquilo, sin temores,  
sin la ambición de ciencia que aniquila  
sin la ambición de fama que atormenta.

De esa misma época es sin duda, aunque no tiene fecha, la composición titulada *La hija del bosque*, vigorosa y audaz, por la que corre un estremecimiento sincero. Es éste un desahogo lírico del que podría decirse lo que él dijo de la *Elvira* de Juan Cruz Varela <sup>(6)</sup>: esta mujer es real, esta escena vivida. Mucho debió querer Don Juan María esta composición para haberla incluido, después de más de treinta años de escrita, en su libro *Poesías* <sup>(7)</sup>. El, que había reprochado a Juan Cruz Varela el tema sensual porque anhelaba una materia más noble para la poesía y deseaba que el llanto no fuera provocado “por el martirio de los sentidos” sino que naciera “de las entrañas conmovidas por afectos menos materiales” dejó intacta esta efusión de juventud pagana, a la que puso de epígrafe estas palabras de Ovidio: *Est etiam fusco grata colore Venus*.

---

(6) *Don Juan Cruz Varela*, “Revista del Río de la Plata”, I, pág. 18 y sig.

(7) Imprenta Casavalle, Buenos Aires, 1869.

La composición comienza con un impulso de oda triunfante:

Embebido en amor pulso la lira  
para cantar tus no aprendidas gracias,  
tu agreste seducción, hija del Bosque.  
Los ojos renegridos,  
rutilando en el bronce de tu frente,  
tu undosa y abundante cabellera,  
la libertad nativa  
de tus formas y andar, me cautivaron  
cuando te vi del Paraná a la orilla,  
Eva del Paraíso americano.

Y más adelante:

Yo fui tu sombra: cuando al caer el día,  
émula de los cisnes, jugueteabas  
en la fresca corriente, mis deseos,  
por entre los arbustos de la orilla  
ávidos iban tras la larga estela  
que con los breves pies ibas trazando.  
¡Cuánto envidiaba al verde camalote  
que como isla flotante, a tu reposo  
al pasar se prestaba!

Es curioso que la escena amorosa, que deleitosamente narra en los versos siguientes, no tenga como fondo el bosque ribereño sino una alcoba exquisita, con tapices europeos, espejos y perfumes parisienses. La composición termina con una confesión entrañable:

¿Me amaste? No lo sé. ¿Te amé? . . . Lo ignoro.  
Mas si es amor el olvidar la vida  
en los brazos ajenos. . .  
¡Hija del bosque, yo te amé de veras!

Mucho importaba a Juan María Gutiérrez esta poesía cuya paternidad dejó bien aclarada en una de las notas que puso al final de su volumen de versos y que dice así: "Esta composición corresponde a una serie de pensamientos y cua-

drodros de los cuales aparecieron varios en “El Iniciador”, periódico redactado en Montevideo bajo la dirección de los señores Cané y Lamas, sus fundadores. Se suponía que esos fragmentos eran escritos por un joven italiano, hijo de Venecia, que buscaba en esta parte de América la libertad que deseaba para su país y los encantos de una naturaleza nueva en armonía con las aspiraciones de un corazón generoso a la edad de veinte años. Se suponía también que la casualidad había puesto esos escritos en poder del traductor español, y por consiguiente ellos han debido ser la expresión de los sentimientos de aquel supuesto joven europeo en presencia de algunos de los objetos del nuevo mundo, a las márgenes del Paraná”.

Todos estos circunloquios no tienen otro fin que el de justificar la inclusión de este poema tan querido en las *Poesías* tardíamente publicadas, ya que como dijo el propio Gutiérrez “sólo a la juventud se puede perdonar los pecados cometidos en rima vulgar” (8). Por algo don Juan María comprende perfectamente a Juan Cruz Varela frente a *Elvira*, poema de juventud, y escribe en su ensayo crítico sobre aquel poeta: el autor “ha tratado este poemita como al hijo primogénito de su musa; le ha llevado consigo, acariciándolo durante veinte años y añadiéndole alguna perfección cada vez que volvía la memoria a sus primeros amores y a las páginas en que los había consagrado. Nos parece participar del dolor con que ha procedido a algunas mutilaciones, cortando en lo vivo de esta carne de su carne”.

Hay una estrofa que parece evocar estos mismos amores y que no figura en su libro de poesías. Es la que puso como epígrafe a “*El capitán de Patricios*” (9) y dice así:

---

(8) Carta a Juan Bautista Alberdi. Véase *Epistolario*, de Juan María Gutiérrez, recopilado por Ernesto Morales, Buenos Aires, 1942, pág. 56 y 57.

(9) *El capitán de Patricios*, 1864.

Ven, que quiero llevarte  
a las llanas y fértiles orillas  
del Paraná famoso;  
allí donde se explaya voluptuoso  
en la alfombra sutil de las gramillas;  
donde yo fui feliz, donde he dejado  
en mil cortezas vírgenes grabado  
el dulce nombre de mi amor primero,  
y la pisada leve  
de mi tostado potro parejero,  
sobre la arena que el pampero mueve.

En "*El capitán de Patricios*", novela escrita en los Alpes piemonteses, según el autor, se cuentan los amores de un joven de veinticinco años, la edad que tenía Gutiérrez cuando frecuentaba el Delta. Hay en estas páginas descripciones precisas de la margen del río, de las flores del aire y de los picaflores que tantas veces aparecerán en su prosa y en su poesía. Los versos citados son el comienzo de un poema inconcluso. Bien lo vio Carlos M. Urien <sup>(10)</sup>, quien se lamenta con razón: "es sensible que haya sucedido eso y que el autor no nos diese la continuación de una composición sentida, rítmica, amatoria".

Los ocho primeros versos de esa estrofa evocan el comienzo de *En la ribera* de Rafael Obligado:

Ven, sigue de la mano  
al que te amó de niño;  
ven y juntos lleguemos hasta el bosque  
que está en la margen del paterno río.  
  
¡Oh, cuánto eres hermosa  
mi amada en este sitio!  
Sólo por ti, y a reflejar tu frente  
corriendo baja el Paraná tranquilo.

Ambas composiciones comienzan con un ruego insinuante a la mujer amada, con la expresión del mismo deseo de re-

---

<sup>(10)</sup> CARLOS M. URIEN, *Apuntes sobre la vida y obras del Dr. Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, 1909.

trotraer el presente a un pasado eclógico y feliz, a orillas del Paraná. En ambas se nombra al río dilecto y se evoca al amor primero en un mismo juego rítmico de heptasílabos y endecasílabos; la misma emoción nostálgica, aunque más apasionada en Gutiérrez cuya vigorosa confesión se pronuncia en primera persona, en tanto que la de Obligado <sup>(11)</sup> suena, serena y dulce, al mirar reflejada en la propia imagen "al que te amó de niño". Y es que para Obligado el tiempo no ha trastocado el cuadro: la amada integra aún el paisaje ribereño y el hoy y el ayer se superponen maravillosamente, en tanto que la evocación de Gutiérrez se realiza a la distancia y posiblemente en la soledad; la amada no es más que una visión.

Gutiérrez también sintió como inacabada esta estrofa y por eso no la incluyó en sus *Poesías* en donde figura la canción que pone en boca de la protagonista de *El capitán de Patricios*. Más feliz que él, Obligado desenvuelve el tema a lo largo de diez y siete estrofas estructuradas simétricamente.

#### EL PARANA EN EL RECUERDO

Pero el Paraná tuvo que hacerse nostalgia para arrancar a su cantor los poemas más variados y más ricos. Fue en el mar, durante su viaje a Europa, que Gutiérrez escribió la mayor parte de sus *Composiciones nacionales* como él las llamó, título que pretendía justificar a los ojos del Rector de la Universidad la publicación de los versos juveniles. Casi todas estas poesías están inspiradas en temas de las islas y aluden al Paraná: *Dos jinetes*, *Los espinillos*, *La flor del aire*, *La hija del bosque*, *La margen del río*, *A un gajo de aguapey*, dos leyendas guaraníes, sin contar con que el nombre del río aparece en las composiciones patrióticas y en las agrupadas en las *Composiciones varias*, que son, en su mayoría, poemas íntimos.

(11) Calixto Oyuela, en su afán de negar el criollismo de Obligado y demostrar, en cambio, su procedencia española da como antecedentes de esta poesía unas estrofas de Fray Luis de León y de Ventura Ruiz Aguilera, y no señala el antecedente criollo más notable. Véase *El criollismo de Obligado*, por CALIXTO OYUELA, Anales de la Academia Argentina de Letras, Tomo IV, 1915, pág. 300.

Por el raudal de estos versos entra a la poesía argentina un Paraná no mitológico, como el de Labardén, sino el Paraná vivido como experiencia, del romanticismo. Gutiérrez descubrió para la literatura la belleza de las islas y en sus cantos aparecen por vez primera los ceibos — y no seibos— <sup>(12)</sup> los sauces, los camalotes, las retamas, las palmas, los espinillos, las cañas, las espadañas, los colibríes, las torcazas, las tórtolas, picaflores y jilgueros, más las muchachas morenas que se bañan en el río, se mecen en las hamacas y piden a sus amantes duraznos del monte:

La vela dio al horizonte  
cantando en risueña voz:  
Tráeme un durazno del monte  
amarillo y abridor,  
y abridor

Esta estrofa pertenece a *Los espinillos*, fechada el 30 de diciembre de 1843, en el mar.

Se diría que al alejarse de la tierra americana, después de su estancia en Montevideo, los recuerdos todavía recientes de sus amores de juventud y el magnífico escenario en que los viviera se le vienen al alma reclamando el verso que los fije. También de diciembre de 1843, en el mar, es *Dos jinetes* cuya segunda estrofa dice así:

Veloces pisan la grama  
del arroyo que se llama  
Curupá,  
cuya corriente serena  
lleva entre sauces y arena  
sus zarzas al Paraná

---

<sup>(12)</sup> Acerca de la ortografía de esta palabra escrita siempre con s y acento en la i por Obligado, Arturo Capdevila en nota al pie de la página 32, de Rafael Obligado: *Poetas*, Estrada, 1941, dice que, según Carlos Obligado, el error proviene de Francisco Compodrón en *La flor de un día*. Juan María Gutiérrez escribe siempre correctamente: ceibo.

De la misma fecha y con la precisa indicación “bajo el Ecuador” es *Irupeya* leyenda que tiene por escenario el Paraná de las Palmas. Otras poesías hay fechadas al año siguiente, de nuevo en el mar, y en el Brasil; otras, frente al océano Pacífico, en 1845, y en todas ellas el Paraná está presente para alcanzarle una imagen o encauzarle la imaginación:

El agua hirviendo  
de los torrentes  
del Paraná,  
no pasma tanto,  
como en el llano  
tu marcha audaz

LOS TEMAS PREDILECTOS: LA FLOR DEL AIRE  
Y EL CAMALOTE

Uno de los ejemplares más hermosos de la flora del Delta es la flor del aire. Gutiérrez la descubrió un día que iba en misión de agrimensor. No pudo menos de describirle el feliz encuentro a su amigo Tedín en carta del 2 de octubre de 1834:

“Eran como las 12 de la mañana y la fuerza del sol reflejaba en las tranquilas aguas del Paraná, derramando en la atmósfera ese color (?) dulce y vivífico que se siente en los primeros días de la primavera. Estábamos fondeados o más bien amarrados a los árboles de la costa y la tripulación descansaba sobre la cubierta. Sonó repentinamente la voz imperiosa del capitán y como otros tantos autómatas que se mueven por resortes secretos, se pusieron en pie los marineros, tomaron hachas y machetes y bajaron a proveer de leña la embarcación; bajé yo con ellos, me senté a la sombra de un arrayán y cansado al fin de ver trabajar en silencio y de escuchar el ruido monótono de los instrumentos cortantes, me interné solo en el bosque con mi cartera en la mano, en la cual apuntaba cuanto veía y cuanto se me pasaba por la imaginación; muy pocas cuadras había andado cuando me sorprendió la vista de un montecillo de naranjos todo cubierto de

enredaderas de las cuales pendían los más graciosos grupos de flores del aire blancos, rojos y amarillos: corté una de las primeras y los versos salieron de mi corazón con la misma naturalidad con que se derrama un vaso que rebosa. Los escribí en la cartera y de ella los traslado para mi amigo. ¡Quién ha contemplado sin una conmoción viva esa hija bellísima del aire, que semejante a los espíritus sólo mora en la región más pura del éter!"

Lo extraño es que los versos que envía al amigo y que copia a continuación se titulan *La diámena*, versos que, por otra parte, Gutiérrez no recogió en *Poesías* (13).

En 1838 aparece en "*El Iniciador*" un largo poema en prosa titulado *La flor del aire* (traducción de una poesía italiana) y firmado con la conocida inicial: Z. En él se le habla a la flor y se le dice:

"Tienes para contemplar tus gracias, no el frágil cristal en que se contempla la pasajera belleza de las hijas del hombre. Las linfas saludables y transparentes del majestuoso Paraná se detienen a reflejar tu imagen y a engalanarse con ella".

"Moras en el tronco de los naranjeros o en las espinosas ramas del ceibo; el azahar es pálido a tu lado, y la encendida flor del ceibo te sirve como de regio y purpurio atavío para realzar tu blancura".

"...tú dispensas el almíbar de tu cáliz al vagaroso picaflores brillante como el iris".

Termina con una alusión al Adriático y esta afirmación: "Dos instantes he sido feliz en esta vida: cuando vi la sonrisa de Laureta y cuando os contemplé por la vez primera. Contaré el tercero, si al término de mi peregrinación me dice la conciencia que he conservado el alma tan pura y cándida, como las hojas de la flor del aire".

---

(13) ERNESTO MORALES los publicó en su *Antología de poetas americanos*, 1941 y Rafael Alberto Arrieta en el Apéndice a la edición de *Poesías*, de JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, Estrada, Buenos Aires, 1945.

Es éste seguramente uno de los cuadros que se atribuían al joven italiano a que alude la nota de *La hija del bosque*.

*La flor del aire* que Gutiérrez escribió en 1843, y tal vez en el mar, utiliza todos los elementos que figuran en esta su-puesta traducción, también en ella se personifica a la flor, a la que el poeta habla como si fuera su amada :

¡Oh bella flor, oh bella flor del aire!  
¿Quién eres, dime, quién te dió tu ser?  
Es imposible que entre ti no aliente,  
el tierno corazón de una mujer.

Dímelo a mí que soy discreto y te amo,  
el eco tuyo nadie escuchará,  
duermen aún las aves en el nido  
y las olas también del Paraná”.

Obligado, (14) a quien es inevitable citar cuando se habla de la poesía del Paraná, en la composición que también tituló *La flor del aire*, no le canta a la flor como a su igual sino que la loa en religiosa alabanza que comienza como respondiendo a la pregunta de Gutiérrez:

Aquel que en el pecho del ave inocente  
pusiera una cuerda del arpa divina,  
rumor en el árbol  
y espuma en la linfa,  
formó para el mundo las flores del aire  
de llanto de amores y de alas de brisa.

Pero las emociones de ambos poetas están suscitadas por

---

(14) Rafael Obligado dice en sus “Confesiones acerca de mis poesías”, incluídas en el tomo de sus *Poesías*. Estrada, 1941, pág. XLI, que Juan María Gutiérrez, fue su profesor de literatura en la Universidad. Como Gutiérrez nunca tuvo cátedra y sólo enseñó tres días Literatura francesa (Véanse las biografías: ERNESTO MORALES, *Juan María Gutiérrez, el hombre de mayo*, Carlos M. Urien, obra citada), se ha de entender esta declaración en un sentido más amplio. Gutiérrez influyó desde luego en Obligado más que en los otros poetas de su generación.

las mismas calidades y se asemejan inevitablemente; si Gutiérrez dice:

que más que flor la lágrima parece  
que arranca al alma el amoroso mal

Obligado afirma, en apretada síntesis, que está formada de “llanto de amores”. Para Gutiérrez es un “ente puro, blanco, celestial”, Obligado habla de su “blanco, purísimo seno”. En la poesía de Gutiérrez un colibrí: “rubí-topacios-oro” bebe en el cáliz de la flor, en Obligado

En torno a su cáliz el húmedo aroma  
del beso de un niño volando palpita;

Para los dos poetas la flor es un símbolo. Ya lo había dicho Gutiérrez en prosa, ahora lo recoge en verso:

ella es la esencia del candor del alma  
que se disipa al beso del amor

Obligado ante su “cándido aspecto de estrella dormida” exclama:

Y el alma, batiendo las alas del ángel,  
escapa del mundo sedienta de vida.

Una y otra vez volverán las flores del aire <sup>(15)</sup> a las estrofas de Gutiérrez; en la *Dedicatoria a una dama*:

---

<sup>(15)</sup> En el Archivo de Juan María Gutiérrez que se halla en el Congreso Nacional, existe un folleto titulado *Mesa revuelta. Folletines del Constitucional de los Andes*, Mendoza, en el que figura una poesía titulada *La flor del aire*, escrita en francés por Juan Thompson y traducida por Alejandro Magariños Cervantes. También el Paraná y su cortejo de picaflores y flor del aire está en la poesía de FLORENCIO BALCARCE, *Las hijas del Plata 1837*. FLORENCIO BALCARCE, *Poesías*, con noticias sobre el autor y sus obras. Edición hecha bajo la dirección de Juan María Gutiérrez. Buenos Aires. Imprenta Casavalle, 1869.

Yo quisiera en tu cabello  
poner de flores del aire,  
una guirnalda que al cuello  
descendiera con donaire  
a acariciarle por bello.

Pero ¡ay! están muy distantes  
las islas del Paraná!  
Aquí no hay flores fragantes,  
sino dolores punzantes,  
frutos que el destierro da.

en *Recuerdo*, fechada en noviembre de 1843 en el Golfo de  
Gasuña:

Perfumes llegan de mi patrio suelo  
de trébol, rosas, violas, azahar,  
y de esa flor del aire misteriosa  
que es como espuma blanca de la mar.

y en *Mi ausente*, seguidillas escritas en octubre de 1844 en  
Porto Alegre que comienzan:

Abrazada de un árbol  
la flor del aire,  
se inclinaba a un arroyo  
para besarle,  
mientras con ámbar,  
a los vientos livianos,  
aprisionaba.

Otro ejemplar característico de la zona es el camalote o  
aguapey. Gutiérrez acogió con entusiasmo su presencia en la  
*Oda al Paraná* de Labardén y señaló como uno de los méritos  
del poeta "el atrevimiento de dar al camalote (no clasifica-  
do por los Linneos del arte poético entre los laureles y el mir-  
to) entrada en la oda aristocrática" (16). Entre sus propias poe.

---

(16) *Don Juan Manuel de Labardén*, por JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, en  
*Correo del Domingo*, Buenos Aires 1º de enero de 1865.

sías figura una composición titulada *A un gajo de aguapey*, fechada en Brasil en 1844. El 6 de junio de ese año escribió en su Diario (17): “Viento escaso, marcha lenta pero no interrumpida. He escrito versos a una rama de aguapey llevada por la corriente”.

Inevitablemente al poeta desterrado la planta se le aparece como imagen del propio destino; al darle condición humana se le hace patente en ella lo injusto de su vida y se eleva a consideraciones filosóficas sobre los últimos arcanos:

¡Cuán semejante es tu destino al mío,  
oh planta desterrada  
del lecho azul de tu paterno río!  
Tú vas arrebatada  
por inclementes olas

Obligado contempla, en cambio, al *Camalote errante* —éste es el título de su composición— desde las mismas orillas que la planta abandona, pero no por eso deja de estremecerle su destino:

¡Oh, si en tus tallos pensamiento hubiera  
y un corazón profundo como el mío,  
cuánta tristeza en ti, hierba viajera,  
hierba amada del río!

“Planta desterrada” es para Gutiérrez, “hierba viajera” para Obligado; para aquél la planta se desarraiga a pesar suyo, mientras que para el cantor de Santos Vega la planta se ausenta voluntariamente. La coincidencia de los primeros consonantes y otras similitudes internas (el “lecho azul de tu paterno río” y “la lámina azul de esa corriente”) aproximan naturalmente estas dos composiciones.

---

(17) Citado por ERNESTO MORALES, en *Juan María Gutiérrez, el hombre de Mayo*, Buenos Aires, 1942, pág. 63.

## LAS LEYENDAS GUARANIES

Estos dos poemas *Caicobé* e *Irupeya* llevan como epígrafes versos de *La Argentina* de Del Barco Centenera. La primera relata el nacimiento fabuloso de un árbol de las islas <sup>(18)</sup>, probablemente el ñapindá o la acacia de los pantanos, a juzgar por la descripción que de él se hace:

Pero así que la mano  
toca en sus hojas o el aliento humano,  
las hojas se enrojecen  
y púdicás se cierran y estremece.

*Irupeya* narra un episodio de la conquista lo que da lugar a Gutiérrez a exponer una vez más sus ideas sobre invasores e indígenas.

En uno y otro poema el escenario es el mismo y la india que aparece en ellos es también genérica

Leve y gracioso su pie,  
como pie de americana,  
y los labios de su boca  
del color de las granadas;

El cabello en ondas lisas  
le tapizaba la espalda,  
único velo tendido  
sobre sus picantes gracias.

¿Por qué no recogió en su libro los versos *A una india del Brasil* o *Isabelle*, también escritos en los trópicos? No lo sabemos y no podemos afirmar que hayan sido valores poéticos los que salvaron los cantos a estas indiecitas guaraníes, condeñando al olvido los otros, hasta hoy inéditos <sup>(19)</sup>.

---

<sup>(18)</sup> Véanse antecedentes de este tema en *El cuento popular hispanoamericano y la literatura grecolatina*, por MARÍA ROSA LIDA, Buenos Aires, Facultad de Fil. y Letras 1941, pág. 22.

<sup>(19)</sup> Citados por ERNESTO MORALES, *Juan María Gutiérrez, el hombre de Mayo*, pág. 63.

## REGRESO AL PARANA

Pasan los años y en setiembre de 1852 Juan María Gutiérrez vuelve a ver el Paraná. Esta vez desde el vapor inglés "Countes Lansdale" en el que viaja con el General Urquiza y su comitiva hacia Santa Fe. Va Don Juan María exaltado y optimista ante la perspectiva del Congreso Constituyente de la Confederación argentina. Cuando escribe sus recuerdos de esos días no puede menos de dedicar extensos párrafos al río de sus amores y la narración, que quiere ser sólo un testimonio histórico, un documento, se le enflora con unas tiradas líricas y, hasta reproduce, en medio de consideraciones de orden político, una estrofa de su poesía *Los espiguillos*, idílica escena de las barrancas de San Isidro, que se le viene a la memoria levemente alterada en el primer verso.

De pronto le angustia el terrible ayer, tan próximo, pero la belleza del paisaje querido le inspira estas palabras:

"Una brisa húmeda y sahutada de las islas ahuyentó esta nube de tristes recuerdos. Sí, olvidémoslo todo. Seamos generosos como tú, magnífico río. ¿Qué te importa que tus saludables aguas vayan a morir en la amargura de los mares? Tus camalotes sirven de piragua al jaguar y de nido a las amorosas torcazas. La humedad de tus emanaciones vivifica al áspero ceibo de la flor de sangre, y a la inocente y voluptuosa flor de los aires, hermana de las que crecen en los bosques misteriosos del Tucumán" (20).

Y de nuevo surge la reflexión que apareciera casi veinte años antes en una carta a su amigo Tedín, ahora más esperanzada:

"Este hermoso Paraná, verdadero mediterráneo de agua dulce, está hoy como lo quiso su Creador, abierto a todas las banderas cristianas del globo. Sus márgenes quieren ser hospitalarias porque son argentinas. Sus barrancas eminentes se ex-

(20) Artículo titulado *Recuerdos de setiembre de 1852*, publicado en *El Nacional Argentino*, Paraná, y recogido por Ernesto Morales en el volumen *Estudios histórico-literarios*, de JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, Angel Estrada y Cia., Buenos Aires, 1949.

tienden sobre las aguas pidiendo, como manos abiertas, población y arados para que fecunden sus entrañas vírgenes”.

Seis años después, el 17 de octubre de 1858, escribe a Alejandro Magariños Cervantes, desde Rosario, y después de largas y eruditas páginas sobre un tema que le apasiona, el de la edición de la Biblioteca Americana, antes de despedirse no dejará de apuntar:

“Le escribo a usted desde un lugar en donde la curva del gigante que lleva sus aguas al Plata, se avanza hacia donde el sol se esconde...” (21).

Siempre aludirá en términos estéticamente valiosos al río trascendental en su vida (22) y fecundo en su obra.

Al Plata, en cambio, sólo le dedicó un soneto, el único que he leído de Gutiérrez y que no incluyó en *Poesías* (23), en tanto que hasta cuando versifica la prosa de Alberdi, *El edén*, encuentra resquicio para la confesión personal, en la que surge de inmediato el nombre predilecto:

Siempre cuando hallé en la marcha  
de mi penoso sendero,  
aguas que corren sonando,  
pintadas de azul del cielo,  
sentí inflamada mi mente  
y conmovido mi pecho.

En las augustas arenas  
del Paraná del desierto,  
en medio de los encantos  
con que le tocó el Eterno,  
comprendí que hoy en las aguas  
de nuestros mundos modernos,  
habitan las sacras musas  
del Parnaso de los griegos

(21) *Epistolario*, de JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, ob. cit., pág. 67.

(22) Gutiérrez no sólo vivió sus amores de juventud en las islas del Paraná, según lo atestiguan sus cartas y sus versos, sino que el sereno y definitivo amor también le esperaba al borde del gran río, ya que fue en Santa Fe y precisamente el 13 de setiembre de 1852, donde conoció a Jerónima Cullen, que había de ser su esposa.

(23) Quizá porque Echeverría había dicho: “El soneto, forma mezquina y trivial de la poesía”. ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Sobre el arte de la poesía*, Obras Completas, Tomo V, pág. 126.

Si la memoria popular ha otorgado a Gutiérrez el más alto galardón recogiendo sus versos que, según señala Ricardo Rojas, (24) se cantan como anónimos, las minorías cultas no han sido justas con este grande hombre de letras y si bien hasta fines del siglo pasado perduró en las fiestas patrias *La bandera de Mayo*, lo más original de su labor poética cayó en el olvido.

El que salvó para la posteridad “más de ochenta y cuatro mil versos” ajenos, apenas encuentra quien lo relea hoy y su nombre casi no figura en las Antologías ni en los programas de literatura siendo que él fue quien *creó* la historia de la literatura americana, brizna a brizna, en una “labor heroica” en que se sacrificó a sí mismo como poeta (25).

En su modestia, el crítico imparcial y de buen gusto que había en él cuando no lo ofuscaba su pasión americana, sabía que no había dado el verso inmortal que lo salvara del olvido. Humildemente lo declara en la *Advertencia* que precede a las poesías y años antes lo había dicho en *La musa argentina*

¡Quién pudiera  
para jamás morir, en lengua humana  
decir un solo, un solo de tus cantos  
o de gloria o de amor! En mi memoria,  
cual de un ensueño las confusas formas,  
se muestran, huyen, sin poder fijarlos,  
y con ellos ¡Oh musa! huyen por siempre  
los lauros de mi sien.

---

(24) En *Historia de la literatura argentina, Los proscritos*, II, pág. 656, dice Rojas que ha oído cantar la composición de Gutiérrez, *Himno mundano* “al son de la guitarra, en campos y ciudades del interior, sin que el cantor supiese de dónde venía ni quien fue el autor de aquellos seis cuartetos”.

Por otra parte, *La endecha del gaucho* figuraba en el repertorio de Carlos Gardel.

(25) JUAN P. RAMOS en su trabajo sobre Gutiérrez, prólogo a la edición de *Los poetas de la revolución*. Academia Argentina de Letras, pág. XXVI: “la República Argentina perdió en Gutiérrez, a causa del ideal que éste se impuso, no sólo un noble y fino poeta sino también un escritor de costumbres...”.

Y no se detiene aquí sino que, en generoso impulso, profetiza el advenimiento del poeta nacional que habrá de lograr lo que él no ha alcanzado y pregusta el júbilo de escucharlo desde más allá de este mundo, en una exaltación que recuerda a Quevedo:

Afortunado  
más que yo, en la ciudad que baña el Plata  
un bardo nacerá que en versos dignos  
del universo y de la patria, cante  
bajo tu inspiración. Caerán sus versos  
como lluvia de aromas y mi polvo  
bajo rastreras plantas ya dormido,  
bullirá de placer

Rafael Obligado que cumplió puntualmente esta profecía, se habrá estremecido más de una vez ante la exactitud del viejo poeta que lo anunció y cuando dijo su protesta ante la fisonomía de la patria perdida por la hazaña del progreso, en aquella estrofa en que se lamenta

Ya en el Andes no vibran aletazos  
de Andrade, nuestro cóndor, ni en los ríos  
se vuelcan de las islas y ribazos  
cantos de Labardén ni versos míos

habrá recordado sin duda también, aunque no llegara a cuajar el recuerdo en un nombre, al cantor de los ceibos, los camalotes y la flor del aire. Es justo incluirlo en esta línea de cantores del Paraná ya que junto con el de Labardén él salvó los nombres de mínimos poetas que cantaron al *sagrado río* <sup>(26)</sup>.

JULIETA GOMEZ PAZ

Los Polvorines (Pcia. de Buenos Aires)

---

<sup>(26)</sup> En su trabajo sobre Labardén, ya citado, dice que en el n° 4 de *El Telégrafo* se publicó una *Canción al Río Paraná*, del Dr. José Prego de Oliver y que también compuso una larga Oda con el mismo tema el señor Manuel Medrano.